

### 3. PABLO APÓSTOL POR VOCACIÓN

---

Las palabras de Festo en Hch.25, 19 (“un difunto llamado Jesús, de quien Pablo sostiene que está vivo”) las podría haber hecho suyas el propio Pablo antes de su conversión refiriéndose a los cristianos.

En efecto, la experiencia del camino de Damasco consistió esencialmente en esto: ese Jesús a quién Pablo consideraba definitivamente muerto se le presentó repentinamente vivo y lleno de gloria: “Yo soy Jesús a quién tú persigues” (Hch.9,5). Pablo no le ha buscado, ni se ha preparado a este encuentro; por el contrario, ha luchado ferozmente contra los cristianos y su evangelio. Y sin embargo, el Resucitado irrumpe en su vida y Pablo queda “apresado” por Cristo Jesús (Fil.3, 12).

Todo su ímpetu y toda su actividad evangelizadora arrancan de este hecho: él tiene conciencia clara de que no es apóstol por voluntad propia, sino “por voluntad de Dios” (cf 1 Cor. 1, 1; 2 Cor. 1, 1; Ef. 1, 1). Sabe muy bien que es “llamado como apóstol” (Rom. 1, 1) exactamente como lo habían sido los Doce, porque le ha llamado el mismo Jesús que les llamó a ellos; y, lo mismo que ellos, también Pablo ha sido llamado por su nombre (cf Hch.9,4).



El hecho de haber sido llamado *“por gracia”* (Gal. 1, 15) no quita fuerza a esta vocación, sino todo lo contrario: pone más de relieve la iniciativa absolutamente gratuita de Dios que llama no en virtud de los méritos contraídos sino por pura benevolencia, que tiene misericordia con quien quiere (cf Rom. 9, 15-18). De hecho Pablo no dejará de maravillarse y sorprenderse a lo largo de toda su vida de que haya sido llamado precisamente él: *“a mí, que antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente”* (1 Tim. 1, 13). Toda su predicación acerca de la gracia brotará de esta experiencia primera y fundamental: *“Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo; y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él”* (1 Tim. 1, 15-16).

Y Pablo sabe que esta llamada, que tan en contra va de sus convicciones anteriores y de su conducta pasada (cf Gal. 1, 13-14), no es algo casual, sino que hunde sus raíces en la eternidad. Tiene conciencia de que en realidad ha sido *“separado”* por Dios ya *“desde el seno materno”* (Gal. 1, 15). Él, tan buen conocedor de las Escrituras, podía aplicarse a sí mismo las palabras dirigidas por Yahvé al profeta Jeremías: *“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses te tenía consagrado”* (Jer. 1, 5).

**Tuvo a bien revelar a su Hijo en mí**

Con estas palabras sintéticas resume San Pablo lo acaecido en el camino de Damasco. Sin entrar en detalles de lo que sucedió por fuera, da a entender que la llamada de Dios ha sido fundamentalmente

una llamada interior (“en mí”, “dentro de mí”), una “iluminación” o “revelación” por la que Pablo “ha visto” a Jesús (1 Cor. 9, 1) y le ha conocido como Señor e Hijo de Dios. Es decir, no sólo ha comprobado que Jesús estaba vivo, sino que ha entendido quién era ese Jesús cosa que, sólo es posible por revelación del Padre (cf Mt. 16, 17; 11, 25-27).

Pablo, aun reconociéndose “indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios” (1 Cor. 15, 9), no puede dejar de afirmar que se le “apareció” Cristo Resucitado, exactamente igual que se les había aparecido a los Doce y a los demás discípulos (1 Cor. 15, 5-8). Y esta “aparición” o “revelación” ha provocado un desbordamiento de luz en su corazón: Dios mismo ha hecho brillar en su corazón la luz de Cristo (cf 2 Cor. 4, 6).

Y este brillo ha sido de tal intensidad que ha trastocado la vida y los valores de Pablo. Él, que tenía “motivos para confiar en lo humano” por su ascendencia hebrea y, que era “intachable” en el cumplimiento de la Ley santa dada por Dios por medio de Moisés (Fil. 3, 4-6), hace esta confesión sublime: “lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quién perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (Fil. 3, 7-8).



A partir de ese momento, cuando Pablo se presente en el areópago de Atenas y en los demás “areópagos” del inmenso Imperio Romano, no será un predicador más de doctrinas nuevas o desconocidas, sino testigo de un Cristo vivo y glorioso que ha transformado su existencia. Lo mismo que Moisés (Ex.34,29), pero de una manera incomparablemente más perfecta (2Cor.3,7-11), será testigo de ese Cristo que ha visto “cara a cara” (cf. Ex.33,11) y, como un espejo, reflejará su gloria en su rostro y con toda su vida (2Cor.3,18).

**\*...para que yo le anunciase entre los gentiles+ (Gal, 1, 16)**

Llama la atención que en San Pablo el encuentro con Cristo y la llamada a ser apóstol y a anunciar el Evangelio van inseparablemente unidos. Así aparece en el mencionado texto autobiográfico (Gal. 1, 16). Y así aparece también en los tres relatos de su conversión como los presenta San Lucas en el libro de los Hechos (Hch.9,15; 22,14-15; 26,16-18).

Da la impresión de que al encontrarse con Cristo, Pablo ha encontrado el tesoro escondido (cf. Mt. 13,44) y como la mujer de la parábola siente la necesidad de contar a todo el mundo que ha encontrado algo de gran valor (cf. Lc. 15,9).

Evangelizar es eso: llevar a los hombres un anuncio gozoso, entusiasmante y contagioso. La Buena noticia es la palabra misma de Cristo, ese Cristo enviado por el Padre para la salvación del mundo. Y

Pablo, que ha experimentado en sí mismo la alegría producida por el encuentro con Cristo, experimenta también el impulso incontenible a transmitir esa dicha a todos. Como Pedro y Juan, podría decir: “No puedo callar lo que he visto y oído” (cf Hch.4,20).

Más aún, siente la llamada a evangelizar a los gentiles, es decir, a aquellos que los judíos consideraban por definición “*pecadores*” (cf Gal.2, 15), pues no conociendo la Ley mucho menos podían cumplirla. Pablo, que sabe que todo lo que le ha sucedido es humanamente inexplicable, que ha sido fruto del amor gratuito y misericordioso de Jesucristo, entiende claramente que esa salvación es ofrecida de manera igualmente gratuita e inmerecida a todos, sean quienes sean, pues Cristo murió por los pecadores (cf 1 Tim. 1, 15), es decir, por todos (cf 2 Cor.5, 14).